

Alabanza, responsabilidad y cuidado.

Premisas para una espiritualidad ecológica

María Clara Bingemer

Profesora de Teología Fundamental y Dogmática

Pontificia Universidad Católica de Rio de Janeiro (PUC), Brasil

E-mail: agape@puc-rio.br

Recibido 24 de agosto de 2015
Aceptado 31 de agosto de 2015

RESUMEN: Tres son las notas que pueden provocar un acorde armonioso: la alabanza, la responsabilidad y el cuidado. Estamos hablando del acorde en una vida “espiritual” que atiende lo ecológico, es decir, la vocación humana a ser habitantes de una casa común. La reciente encíclica del papa Francisco apela a este sentido y bajo estas tres notas construyen una vocación humana y cristiana cada vez más apremiante para nuestras vidas.

PALABRAS CLAVE: Creador y Creación, alabanza, responsabilidad, cuidado, Francisco de Asís, “espiritualidad ecológica”.

Actualmente, en la Iglesia e incluso en el mundo, no se habla de otra cosa. La encíclica *Laudato Si' (LS)* del papa Francisco está en la orden del día. Su claridad y fundamentación a la vez que su precisión en informaciones está fascinando, de forma respetuosa y con interés, a numerosos expertos en cuestiones relacionadas con la ecología.

La encíclica tiene afirmaciones audaces con el objetivo de provocar no sólo una conversión ecológica sino asentar una serie de bases que constituyen lo que podemos denominar una espiritualidad ecológica. Así nos parece que se puede entender el siguiente número de *LS*:

«Si tenemos en cuenta la complejidad de la crisis ecológica y sus múltiples causas, deberíamos reconocer que las soluciones no pueden llegar desde un único modo de interpretar y transformar la realidad. También es necesario acudir a las diversas riquezas culturales de los pueblos, al arte y a la poesía, a la vida interior y a la espiritualidad. Si de verdad queremos construir una ecología que nos permita sanar todo lo que hemos destruido, entonces ninguna rama de las ciencias y ninguna forma de sabiduría puede ser dejada de lado, tampoco la religiosa con su propio lenguaje. Además, la Iglesia Católica está abierta al diálogo con el pensamiento filosófico,

y eso le permite producir diversas síntesis entre la fe y la razón. En lo que respecta a las cuestiones sociales, esto se puede constatar en el desarrollo de la doctrina social de la Iglesia, que está llamada a enriquecerse cada vez más a partir de los nuevos desafíos» (LS 63).

Según lo propuesto, para entender la crisis ecológica y combatirla, es imprescindible la recurrencia a las riquezas mencionadas (ciencia, culturas, arte, poesía, vida interior y espiritualidad). A partir de ello, el papa Francisco arguye cómo el cristianismo ofrece las bases para una verdadera espiritualidad ecológica. Toda la encíclica, al mismo tiempo que proporciona los elementos para la reflexión en profundidad sobre diversas áreas del conocimiento, apunta, en última instancia, a la construcción de esta espiritualidad. Esto será aún objeto de sus palabras en el capítulo sexto, como colofón del documento. Es de nuestro interés, aquí, traer a colación esta perspectiva espiritual enraizada en una teología fundamentada.

Primero, lo primero: alabar a Dios

El punto de partida reside en una exclamación de alabanza de otro Francisco, el de Asís: *Laudato Si'*,

¡Alabado sea! El *poverello* anheló alabar a Dios, el Creador de todas las cosas, con tanta devoción y entusiasmo, quien ofrece en herencia la tierra como habitación, vivienda, casa, para disfrutarla y cuidarla. Así, la encíclica, ya en su primer párrafo, desconcierta a quienes esperaban una reflexión a modo de denuncia o de exhortación –dos características, en general, de los documentos sociales de la Iglesia–. En cambio, Francisco –el obispo de Roma– toma el grito de júbilo de su tocayo, el de Asís, como primera inspiración para alabar al Señor, quien es capaz de crear tanta belleza y poner a nuestra disposición nuestra casa común, don mayor del Creador comparable, «ora a una hermana, con la que compartimos la existencia, ora a una buena madre, que nos acoge en sus brazos» (LS 1).

El cuidado de esta casa común es la prioridad. Y aquí, los dos Franciscos están en perfecta sintonía. El de Roma no cesa de citar el de Asís, poniéndolo como ejemplo de lo que es una actitud contemplativa y de alabanza delante de la creación (cf. LS 11). La alabanza es, por lo tanto, la premisa que el texto propone para desarrollar la invitación a una ecología integral, tal como fue vivida por Francisco de Asís. Todas las cosas creadas, todas las criaturas, deben ser tra-

tados y calificadas como hermanos y hermanas provocando en nosotros actitudes de devoción, de afecto y de cuidado. Actitudes, por otra parte, que subyacen del corazón humano que contempla desde esa alabanza jubilosa: «Loado seas, mi Señor, por todas tus criaturas». Sin embargo, esta alabanza debe ir acompañada de una actitud de responsabilidad ante la maravilla que sale de las manos del Creador.

Responsabilidad: una llamada propia de la fe

El texto de la encíclica recordará la luz que la fe cristiana arroja sobre la relación entre el ser humano y la tierra inclusive el resto de los seres vivos. No es ni puede ser una relación predatoria, sino que debe ser una relación de responsabilidad. El papa Francisco ancla su reflexión sobre la ecología en la Escritura. Nos dice, entonces, que en la Biblia «el Dios que libera y salva es el mismo que creó el universo [...]. En él se combinan el cariño y el vigor» (LS 73). Al respecto, el relato de la creación deviene el modelo fundamental para comprender las relaciones que se tejen entre la tierra, el ser humano y el resto de criaturas: «Estas narraciones sugieren que la existencia humana se basa en tres relaciones

fundamentales estrechamente conectadas: la relación con Dios, con el prójimo y con la tierra. Según la Biblia, las tres relaciones vitales se han roto, no sólo externamente, sino también dentro de nosotros. Esta ruptura es el pecado» (LS 66).

La Palabra creadora de Dios (*dabar*, en hebreo) es un elemento constitutivo de la naturaleza en su origen y actividad tan presente en la literatura profética y sapiencial de la Biblia (cf. Is 40, 26; Jb 37, 6; Sal 147, 15). Y el cosmos es la fuente de la Revelación de Dios. Es Dios, por lo tanto, quien hace que todo exista. Es Él quien llama las cosas que no son para sean. Y lo hace por su Palabra. Sólo Dios es Dios, como se repite una y otra vez en la Sagrada Escritura porque sólo Él puede crear de la nada, el universo y todo lo que existe (cf. Is 40, 25-30; Jb 38).

En la Creación, Dios ordena, es decir, su Palabra estructura el caos a la vez que el Creador habla a su criatura humana desde un inmenso respeto. Es sorprendente que exista una absoluta ausencia de violencia a favor de una especie de dulzura fundante que, posteriormente, en el Nuevo Testamento y la Nueva Alianza llevada a su cumplimiento por Jesucristo, es baluarte para el sermón de la montaña cuando es proclamada la perfección del Padre (cf. Mt 5). En esta

creación, “en el principio”, el relato bíblico no opone la eternidad del mundo creado con la eternidad de Dios. Sólo Dios es el principio y el inicio de todo lo que existe y el mundo adviene más tarde. La perspectiva es más teleológica (la finalidad) que cronológica (en fechas). Este “principio”, “origen sin origen”, encuentra su fuente única en la paternidad divina inefable, comprensible por su fin o finalidad el cual es desconocido del mismo Hijo, que deja este secreto al Padre (cf. Mt 24, 36).

En cierto modo, la encíclica *LS* recoge el esfuerzo que se ha estado haciendo por parte de la teología cristiana, en los últimos tiempos, para volver a la cuestión de la Creación. Esta actitud denota, de entrada, una conciencia notable por parte de los cristianos, que muestra la preocupación por las relaciones entre el hombre, la naturaleza y Dios. En definitiva, lo que está en juego es el mismo concepto de Dios como Padre, autor de la vida, Creador y Salvador.

El mandato de “someter la tierra” (cf. Gn 1, 28) puesto en boca de Dios Creador dirigiéndose al hombre recién moldeado del barro y animado con el soplo de la vida divina, ha sido objeto de muchas interpretaciones a lo largo de la tradición cristiana. Una de ellas, más imperante en círculos no cristianos,

interpretaba esta consigna divina como la dominación arrogante del ser humano sobre la naturaleza, en nombre del Creador. Sin duda alguna, esta perspectiva continúa presentando problemas a la hora de confrontar incluso hoy en día, el problema ecológico con el cristianismo. Mientras que las razones son la primacía absoluta y sin límites del hombre y de la mujer sobre la naturaleza, sus graves consecuencias residen en la sospecha de una concepción del ser humano equivocadamente individualista, combinada con un omnipotente determinismo económico y tecnológico. A esto debe añadirse: la visión del ser humano separado de la naturaleza, la naturaleza como objeto de conquista y su destrucción en nombre de un progreso erróneamente concebido y la lucha humana por conseguir una vida transformada en amenazador instinto de muerte que pesa sobre todas las demás formas de vida.

Teológicamente, las consecuencias no son menos graves. Optar por esta tendencia y asumir esta interpretación es introducir una división irreparable en la idea misma de Creación, separando el ser humano del cosmos. De igual manera, el cosmos como teofanía –manifestación del misterio divino que pide reverencia y respeto– se expulsa de la fe cristiana, de su

teología y, por ende, de su espiritualidad. Precisamente, la encíclica insiste en este punto: el ser humano no es el dueño del universo lo cual «no significa igualar todos los seres vivos y sacar del ser humano su valor peculiar» ni tampoco supone una divinización de la tierra que nos privaría del llamado a colaborar con ella y a proteger su fragilidad» (LS 90). En este sentido, «toda ferocidad contra cualquier criatura es contraria a la dignidad humana» (LS 92), pero «no puede ser real un sentimiento de íntima unión con los demás seres de la naturaleza si al mismo tiempo en el corazón no hay ternura, compasión y preocupación por los seres humanos» (LS 91). He aquí la llamada que el papa Francisco lanza a toda la humanidad: la responsabilidad por la Creación y por la alteridad, corazón de una espiritualidad ecológica (cf. LS 68-69).

El principio de responsabilidad nace al considerar que todas las criaturas merecen respeto y atención porque son buscadas, deseadas y creadas por Dios, testimonio del amor fecundo y abundante del Creador. Por lo tanto, es fundamental para una verdadera espiritualidad ecológica la conciencia de una comunión universal: «creados por el mismo Padre, estamos unidos por lazos invisibles y formamos una especie de fami-

lia universal, [...] que nos impulsa a un respeto sagrado, amoroso y humilde» (LS 89). Ahora bien, conviene apostillar que la Creación para el cristianismo no es una grandeza en sí misma armoniosa. Ella deviene una grandeza dividida, conflictiva, que sufre por encontrarse atravesada por el mal y por su sometimiento a la voluntad del hombre. En esta coyuntura, todas las criaturas gimen juntas esperando su liberación (cf. Rm 8, 19-22). Sin embargo, la fe cristiana, por su parte, afirma que sólo pasando a través del mesianismo de Jesucristo, inaugurado con su Encarnación, vida, muerte y resurrección, se puede decir, después de todo, que el mundo es gracia. La LS reconoce esta dimensión agónica que vive la Creación y apunta hacia la responsabilidad humana como el modo de relacionarse con la tierra y todos los seres creados. Esta Creación atravesada por el pecado exige a todos una actitud de cuidado y dedicación, para que pueda seguir siendo, como Dios lo quiere, la morada de la vida.

El cuidado de una creación que es frágil

La encíclica *Laudato Si'* llama la atención sobre el hecho de que la Creación, a pesar de ser bella, loable y traer toda ella el sello de

Dios, es frágil y vulnerable. Por lo tanto, necesita de su cuidado. Así se refiere:

«[...] el pensamiento judío-cristiano desmitificó la naturaleza. Sin dejar de admirarla por su esplendor y su inmensidad, ya no le atribuyó un carácter divino. De esa manera se destaca todavía más nuestro compromiso ante ella. Un retorno a la naturaleza no puede ser a costa de la libertad y la responsabilidad del ser humano, que es parte del mundo con el deber de cultivar sus propias capacidades para protegerlo y desarrollar sus potencialidades. Si reconocemos el valor y la fragilidad de la naturaleza, y al mismo tiempo las capacidades que el Creador nos otorgó, esto nos permite terminar hoy con el mito moderno del progreso material sin límites. Un mundo frágil, con un ser humano a quien Dios le confía su cuidado, interpela nuestra inteligencia para reconocer cómo deberíamos orientar, cultivar y limitar nuestro poder» (LS 78).

En efecto, el cuidado de nuestro mundo, don y gesto de la gracia infinita de Dios, como casa común, requerirá todo un trabajo ascético en el ejercicio de las virtudes que nos hagan libres y responsables en la realización de este tipo de cuidado. Afirmando que la crisis ecológica exige una profunda conversión, dice que ésta es un elemento

constitutivo de la vocación cristiana: «Vivir la vocación de ser protectores de la obra de Dios es parte esencial de una existencia virtuosa, no consiste en algo opcional ni en un aspecto secundario de la experiencia cristiana» (LS 217). A su vez, la encíclica enfatiza cómo, en la actualidad, la humanidad dispone de una abundancia de medios pero que, sin embargo, le escasean los fines por lo que, en consecuencia, a menudo no cae en la cuenta de «la seriedad de los desafíos que se presentan». Además, «la posibilidad de que el hombre utilice mal el poder crece constantemente» cuando no está «sometido a norma alguna reguladora de la libertad, sino únicamente a los supuestos imperativos de la utilidad y de la seguridad» (LS 105).

Siguiendo estas líneas de carácter pastoral, el papa Francisco recuerda que «el ser humano no es plenamente autónomo. Su libertad se enferma cuando se entrega a las fuerzas ciegas del inconsciente, de las necesidades inmediatas, del egoísmo, de la violencia. En ese sentido, está desnudo y expuesto frente a su propio poder, que sigue creciendo, sin tener los elementos para controlarlo. Puede disponer de mecanismos superficiales, pero podemos sostener que le falta una ética sólida, una cultura y una espiritualidad que realmente lo limi-

ten y lo contengan en una lúcida abnegación» (LS 105).

Por lo tanto, la responsabilidad se ejercita en el cuidado de la tierra y de las criaturas. Por esta razón, el último capítulo de la encíclica se construye bajo una serie de aspectos prácticos enumerando los pasos a seguir para poder vivir realmente una espiritualidad ecológica cuyos dos pilares residen en un cambio en el estilo de vida y una necesaria educación ambiental. En lo que concierne al primer pilar, el pontífice con palabras claras y convincentes denuncia una sociedad de consumo que empuja, actualmente, al individuo a la acumulación de bienes que no son necesarios y que dañan a la comunidad humana a la cual pertenece. En esta óptica, se señala que «la obsesión por un estilo de vida consumista, sobre todo cuando sólo unos pocos puedan sostenerlo, sólo podrá provocar violencia y destrucción recíproca» (LS 204). Y añade: «un cambio en los estilos de vida podría llegar a ejercer una sana presión sobre los que tienen poder político, económico y social» (LS 206). Ante esta situación, el texto ejemplifica los movimientos de consumidores que boicotean ciertos productos con el fin de presionar las empresas para que asuman su responsabilidad en un tipo de producción más sostenible. Decíamos que el segundo

pilar residía en la educación constante para una alianza entre los seres humanos y el medio ambiente. Esto debería tener como objetivo la recuperación de los diferentes niveles de equilibrio ecológico: el propio interior, la solidaridad con los demás, lo natural a todos los seres vivos, lo espiritual con Dios. Y, al respecto, la encíclica expone: «La educación ambiental debería disponernos a dar ese salto hacia el Misterio, desde donde una ética ecológica adquiere su sentido más hondo» (LS 210).

A partir de aquí, el Papa realiza una serie de recomendaciones claras y de exhortaciones directamente espirituales a sus lectores y, sobre todo, a los cristianos. Consciente, sin embargo, que la magnitud del problema al que nos enfrentamos no se resuelve sólo con un cambio individual, apela a una conversión comunitaria. Dicho de otra manera, a los problemas sociales se responde, no con la mera suma de los bienes individuales, sino, especialmente, mediante unas sinergias comunitarias: «Las exigencias de esta tarea van a ser tan enormes, que no hay forma de satisfacerlas con las posibilidades de la iniciativa individual y de la unión de particulares formados en el individualismo. Se requerirán una reunión de fuerzas y una unidad de realización» (LS 219).

Se dibuja, en consecuencia, una llamada tanto a nivel personal como comunitario para que todos hagamos crecer una serie de actitudes espirituales que favorezcan la conversión ecológica a la cual se nos insta: el reconocimiento y la gratitud por el mundo que es un don de Dios; la conciencia de formar parte de este mundo y en comunión con todos los seres que lo componen; un estilo de vida sobrio –que genere alegría y paz frente el rechazo a la dictadura del consumismo y la aberración del lujo–; la recuperación de la armonía refrenando la ansiedad y el frenesí del ritmo de la vida moderna; la realización de actos más simples en la vida cotidiana, tales como la oración antes de las comidas. Finalmente se exhorta a crear una cultura del cuidado que incluya desde la intervención política en términos partidistas que defiendan las causas del bien común como la más humilde participación en las acciones de la comunidad para cuidar de la preservación del medio ambiente (cf. *LS* 220-232).

Conclusión: los pobres y la atención o cuidado de la tierra

Desde el principio, la encíclica identifica la tierra con la humanidad. Somos tierra, polvo, barro.

Nuestra corporeidad está formada por los elementos que componen el planeta: la arcilla de la que Dios formó a Adán, el agua que quita la sed, el aire que llena los pulmones y nos mantiene vivos. Somos tierra y barro sobre el cual sopla el espíritu divino que anima e inspira. Y ante ello, estamos llamados a maravillarnos por nuestra vocación común como habitantes de la casa que compartimos con todos los seres creados. Sin embargo, inseparable a esta visión maravillada de la creación, está la advertencia del texto pontificio contra la actitud consumista y depredadora con la que el planeta es tratado por las superpotencias y gobiernos irresponsables. La principal preocupación del Papa versa en la inseparabilidad del compromiso por la causa ambiental del de los pobres.

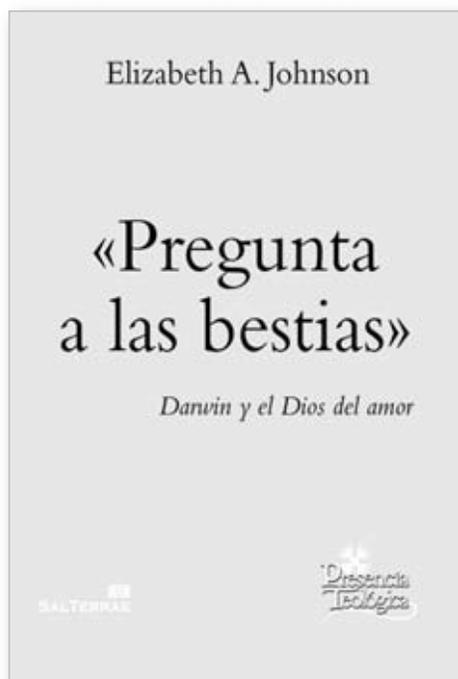
El documento es casi exhaustivo al enumerar todos los sufrimientos y miserias que la destrucción del medio ambiente causa en las personas más vulnerables, los pobres. De ello da fe la extensa y minuciosa reflexión acerca de la contaminación del agua con la que los pobres sufren su contaminación y sus consecuencias (epidemias, muertes) por los peces con los que se alimentan o la agricultura y los cultivos que les permite vivir. De igual manera, se sigue la cuestión

de la contaminación del aire que causa graves daños a la salud y la degradación de las condiciones de vida de las poblaciones lo que fuerza a muchos habitantes a emigrar e instituyendo un círculo vicioso que conduce a la destrucción de las familias y a la pérdida fatal de la calidad de vida y de la supervivencia.

Por eso, el documento pontificio propone una nueva idea de progreso, no centrado en una omnipotencia arrogante del hombre, que se atribuye el derecho de dañar el planeta que habita, olvidando que es la casa común de todos. Al contrario, hay que avanzar hacia un desarrollo integral y ecológicamente sostenible, que sea el acto fundacional de una nueva ci-

vilización. El papa Francisco, con su mirada inspirada por la fe, ve a la humanidad como una familia, “la única familia humana”. Esta visión excluye cualquier tipo de aislamientos, alienaciones o una indiferencia globalizada ante el gran problema que la degradación del medio ambiente representa para las generaciones futuras. Sólo de una mirada y de una actitud “franciscana”, es decir, de cuidado, de responsabilidad, de respeto por nuestra casa común, puede conducir a la alabanza del Señor Creador de todas las cosas. Sólo así, se puede exclamar “Alabado sea”, con los ojos puestos hacia lo alto como el *poverello* de Asís quien miró a su alrededor y se inclinó para cuidar a las más humildes criaturas salidas de las manos de Dios. ■

SALTERRAE



ELIZABETH A. JOHNSON
«Pregunta a las bestias»
Darwin y el Dios del amor

352 págs.
P.V.P.: 37,50 €

Durante milenios, las especies vegetales y animales han recibido escasa atención sostenida como temas de la teología y la ética cristianas por derecho propio. Al concentrarse en el dilema humano del pecado y la gracia redentora, la teología ha considerado que la doctrina de la creación era ante todo una obertura al drama principal, el de la relación de la humanidad con Dios. ¿Qué valor tiene el mundo natural en el marco de la fe religiosa? Elizabeth A. Johnson sostiene que el mundo natural es un elemento intrínseco de la fe en Dios y que el cuidado ecológico, lejos de ser un añadido extrínseco, ocupa el centro de la vida moral.


LOYOLA
GRUPO DE
COMUNICACIÓN

Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
